



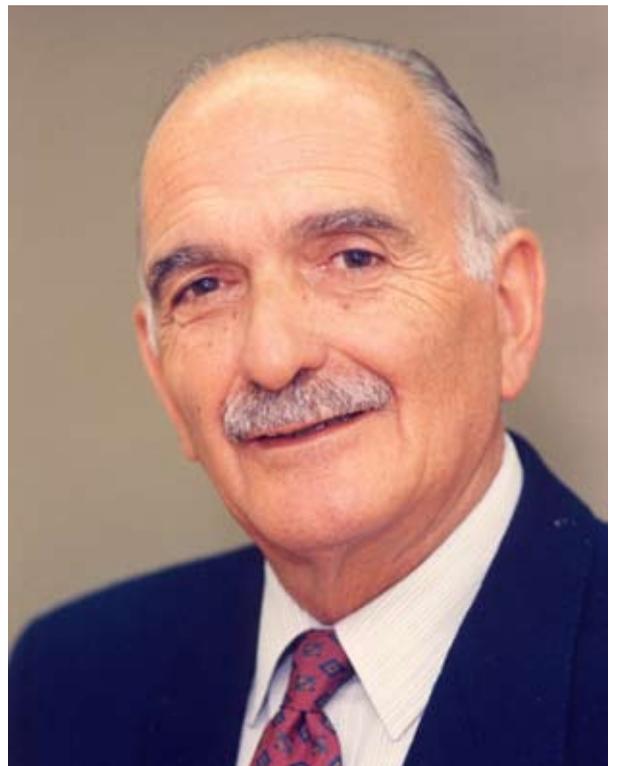
Eduardo Rocchi: El adiós a un visionario

La industria despidió a un profesional destacado y a un hombre íntegro, que tenía ideas adelantadas a su tiempo

A principios de noviembre, la comunidad petrolera recibió la triste noticia de la muerte de Eduardo Jorge Rocchi, quien había presidido este Instituto y era uno de los máximos referentes para el sector de los hidrocarburos.

Rocchi tenía 85 años y peleaba desde hacía mucho contra una dolencia cardíaca que cada tanto le recordaba, implacable, que nadie podía vivir tan desbordante de entusiasmo todo el tiempo. Ciertamente: caminaba más despacio en los últimos meses, pero no por ello la noticia fue mejor recibida y, desde luego, llenó de gran consternación a todos quienes lo quisieron y respetaron.

La letra insensible de su biografía dirá de él muchas cosas: que fue un ingeniero especializado en petróleo y que, por medio siglo, trabajó en empresas como YPF, Bidas SAPIC, Halliburton Argentina y Huinil SA; que pasó buena parte de su vida en los yacimientos del sur,



donde se desempeñó como administrador y titular de varias jefaturas; y que fue el presidente del IAPG que más tiempo permaneció en el cargo.

Pero estas descripciones difícilmente alcancen a reflejar lo que significó Eduardo Rocchi para quienes tuvieron la oportunidad de cruzarlo no solo en el terreno personal, sino también en el profesional. Dueño de una personalidad extraordinaria, combinaba la eficiencia laboral con una sensibilidad fuera de lo común para los asuntos humanos y se expresaba a través de un humor fino y cálido que hacía sentir cómodos a todos. Era, sobre todo, una fuente inagotable de energía, un visionario que llegaba con anticipación a escenarios futuros cuando los signos todavía no estaban tan claros para los demás. Y, una vez que permanecía allí, firme, calculaba las necesidades que surgirían. Para él, nunca había proyectos irrealizables. Simplemente, allí donde la vida lo llevaba, veía el potencial, ordenaba en una matriz los elementos que encontraba, descubría nuevos y sacaba de todo el mejor partido posible con ética y para el mayor bien de la humanidad, según su particular definición de ingeniería.



Eduardo Jorge Rocchi nació el 8 de diciembre de 1924, en Buenos Aires, en el barrio de Belgrano. Obtuvo en 1956 el título de Ingeniero Civil, de la Universidad de Buenos Aires, y luego se especializó en petróleo.

En un mundo paralelo, debería haber ido a parar a Misiones, donde esperaba ingresar a Vialidad Nacional. En cambio, respondió a un providencial llamado de YPF para unirse a los equipos de jóvenes profesionales que impulsarían la renacida actividad de las cuencas de la Patagonia. Y, en 1957, fue enviado mucho más al sur: a Santa Cruz.

Permaneció dieciocho años en YPF y, salvo por los meses que pasó en París becado por *l'Institut du Pétrole Français* (1961-1962), su carrera lo llevó por diferentes yacimientos y localidades del país: Tupungato y Barrancas (Mendoza), Cañadón Seco (Santa Cruz) y Plaza Huincul (Neuquén). A esta última, llegó con el cargo de administrador y cumplió esta misma función en Comodoro Rivadavia antes de regresar a Buenos Aires. En Sede Central, se desempeñó como Director de Transporte y, luego, como Asesor del Gerente General.

En 1974, se alejó de YPF. Tras casi un año en Halliburton Argentina, ingresó en Bidas SAPIC y allí continuó por veinte años, uno de ellos en Turkmenistán.

En 1984, se incorporó al por entonces Instituto Argentino del Petróleo y fue el presidente que más tiempo permaneció en el cargo: catorce años consecutivos.

En 1997, llegó el momento del retiro y dejó Bidas, pero no la actividad en la industria: aceptó la oferta de Huincoil SA, que insistió hasta ficharlo como Vicepresidente, y en ello trabajó hasta dos años antes de su deceso, a principios de este noviembre.



Hasta aquí, el inventario de una carrera sin duda brillante, pero no muy distinta de la de otros personajes que han transitado por la industria petrolera argentina con mayor

o menor éxito. La clave de que su partida haya significado tanto reside, evidentemente, en otra parte.

“En lo práctico, lo que mejor hacía era quitar obstáculos —recuerda Héctor Boggi, actual gerente de la División Petróleo de YPF en Comodoro—. Desenredaba las trabas burocráticas, resolvía: todo lo hacía parecer fácil”. Ardua tarea cuando se pertenecía a un gigante en tiempos de su actividad más intensa. “La misión de Rocchi era dar impulso a la planta de tratamiento de gas y desarrollar el yacimiento de El Cóndor y Cerro Redondo en Santa Cruz —rememora Boggi—. Estábamos lejos de todo, y todos saben que la provisión de materiales a tiempo era crucial: él aceitó los mecanismos para que los pagos y entregas estuvieran al día, y todo se hizo a tiempo”. “Sin embargo, lo más notorio era su manejo de los recursos humanos —asegura Boggi—. Cuando se hizo cargo de la administración, nos cambió la vida: traía una visión de los recursos humanos de avanzada”.

“Lo más sorprendente de Eduardo era su estatura humana —asiente Roberto Gazzani, su amigo, discípulo y último jefe en Huincoil—. En momentos en que un administrador de yacimiento era más importante que el Gobernador de Provincia local, él sabía ser cercano sin dejar de ser el administrador. Era un líder natural, de ese tipo de hombres que no necesitaban imponer su autoridad porque la obtenía sin buscarlo... De los que no se sentía superior a nadie, pero todos querían trabajar bajo su mando”. En efecto, apenas llegaba a un destino nuevo, Eduardo Rocchi se preocupaba por conocer a todos y saber qué necesitaban. “Su oficina estaba siempre abierta, se hacía tiempo para visitar las plantas de producción, los pozos... —agrega Boggi—. Comprendió enseguida que, a veces, con un poco de atención y mejoras pequeñas, simplemente la gente trabajaba mejor”.

Un claro ejemplo es la prioridad que dio a necesidades básicas como la ampliación del Hospital de Plaza Huincul o el formidable impulso a la Escuela Diferencial Mi Mañana





de ese mismo yacimiento, que, de tener seis alumnos y funcionar en una salita a su llegada, pasó a ser una escuela provincial que tenía cientos de alumnos y talleres con salida laboral.

Incluso en términos de descanso, Rocchi se adelantó: es probable que generaciones enteras de huinculenses ignoren que pudieron acceder al prohibitivo San Martín de los Andes gracias a él y a su tenacidad para desarrollar el club YPF junto al río Pocahullo cuando el turismo en la región apenas despegaba, o al albergue de Arroyito.

También instauró reuniones en su propia casa, donde los jefes de división y otros mandos medios eran los encargados de amasar y servir tallarines. “Podía parecer una frivolidad, pero era una manera de unir y distender a un grupo humano que vivía en un pueblo pequeño, que trabajaba en condiciones a veces adversas —explica Boggi—. Hoy, en las empresas, las prácticas grupales fuera de oficina se llaman ‘jornadas de integración’; pero, en esa época, era muy novedoso”.

Rocchi demostró también ese singular carisma ante las crisis. Durante el recordado incendio del pozo petrolero Cóndor 10, en diciembre de 1971, fue capaz de coordinar el operativo de extinción que llevó casi un mes y, al mismo tiempo, de hacer marchar la actividad del yacimiento y dedicarse a planificar, apelando a su buen humor, un pequeño tráiler que funcionaba como obrador, bar y *toilette* a un tiempo durante el operativo, un futuro club social en El Calafate. Que el tráiler perteneciera a otra división y que esta lo reclamara durante años, o que la broma trascendería la latitud del Paralelo 40, era otro tema: lo importante era que, en El Calafate, no había nada similar para dar un momento de relax a la gente, y él se lo dio. Ese tipo de cosas bosquejaba Rocchi en medio de la nada, a ochenta kilómetros de Río Gallegos, para no hundirse en las preocupaciones mientras el fuego seguía enrojando el horizonte.

Un adelantado en el IAPG

La memoria de quienes lo conocieron retendrá seguramente que, en 1983, Eduardo Rocchi sufrió la primera advertencia de su enfermedad cardíaca y que, aun así, lejos de reconsiderar su ritmo de trabajo

en Bidas, aceptó además la presidencia del por entonces IAP.

Arribó en 1984, en medio de cambios importantes para la economía —y la política— del país y de la industria. Y desplegó todas sus facultades de visionario hasta tal punto que sus frutos constituyen prácticamente la base de la actividad actual del Instituto.

Eran épocas primero del Plan Houston y, poco después, de la Ley de Reforma del Estado. Quizás a otro le habría bastado con que el IAP se hubiera mantenido a flote mientras el país y el régimen petrolero nacional atravesaban tan especial situación, pero Eduardo Rocchi no era capaz de mirar el tablero sin adelantarse varias jugadas.

E inició la etapa de mayores cambios hacia adentro y hacia fuera del Instituto calculando una expansión que, por entonces, nadie se imaginaba. Su primer paso fue transformar el IAP en protagonista del cambio al asistir a la Secretaría de Energía para la elaboración, a través de los ministerios pertinentes, del marco legal para el cambio. El Instituto también propició el diálogo entre todos los actores, privados y gubernamentales, con el respaldo del prestigio que ostentaba desde su creación.

Primero fue la privatización de YPF; después, la de Gas del Estado. Era el momento indicado para buscar el acercamiento de la actividad gasífera al IAP, que desde 1996 pasó a llamarse IAPG. “Con muchísimo esfuerzo”, reconocía el propio Rocchi. Pero, como indica su lema favorito, aún enmarcado sobre su escritorio: “El pesimismo es obra del humor; el optimismo, de la voluntad”.

También supo entender la importancia del cuidado del medio ambiente y de la relación de la empresa con la comunidad en épocas en que la industria tenía escasa conciencia de ello y en que se produjeron graves daños ecológicos que intentan subsanarse hoy. Entre otras medidas, Rocchi promovió la creación de las Olimpiadas sobre Preservación del Ambiente para transmitir ese concepto a los alumnos de las escuelas; las Olimpiadas cumplen este año la decimosexta edición.





Y cabe mencionar un dato que no es menor: durante su gestión, adquirió parte de la sede que el Instituto tiene en la calle Maipú 639, recinto por excelencia donde se recibe a quienes visitan el Instituto para capacitarse o para consultar material de la biblioteca más completa de la industria en el país, que él contribuyó a nutrir.

Pero, sin duda, una de las mejores ideas que tuvo Eduardo Rocchi se relaciona con su pasión por registrar y sistematizar rigurosamente el conocimiento. Por un lado, impulsó los Digestos sobre leyes relativas al petróleo, al gas y al medio ambiente, que hoy son requeridos desde todos los puntos del país. Por el otro, entendió que, en la Argentina, había un absoluto vacío de estadísticas completas y actualizadas sobre las diferentes áreas de la actividad de hidrocarburos, que ni siquiera era satisfecha por la Secretaría de Energía. Creó entonces el Departamento de Estadísticas y, tras pedir a los altos mandos de cada empresa y a los oficia-

les del organismo estatal que le facilitaran la información, hizo acumular y ordenar datos por provincias, yacimientos, operadores, productos, exportación, importación, etcétera.

Con esos y más datos, el IAPG elabora hoy el Sistema de Información Estadístico para Petróleo y Gas (SIPG), que comprende toda la información sobre el *upstream* y el *downstream*: producción, reservas importación, ventas totales y datos históricos anuales y mensuales. También pensó en crear, por separado de la revista *Petrotecnica*, el Suplemento estadístico y convertirlo en coleccionable para un mejor uso de consulta.

Y, como si su expansión al gas y a otras empresas dentro del país no fuera suficiente, Eduardo Rocchi aún tuvo imaginación para proyectar el IAPG como actor internacional. En 1991, logró ubicar a la Argentina en el tablero de los países anfitriones del Congreso Mundial del Petróleo. Más tarde, junto a su lugarteniente, el recordado director general del Instituto Roberto Cunningham, trazó un periplo que merecería otro capítulo, en el cual recorrieron varios puntos del mundo inscribiendo al Instituto en los principales encuentros internacionales de la industria. Hacia 2008, el IAPG ya fue de manera natural el organizador del 24.º Congreso Mundial del Gas.

Un renacentista

Y, si es difícil trazar la semblanza del ingeniero de las ideas, más complejo es describir a un hombre tan apasionado por vivir, que sólo lamentaba no tener más tiempo para cumplir con todo.

“Su corazón no fue impedimento suficiente para vivir a fondo”, asegura su esposa, Lía. Poco antes del desenlace, habían asistido a una fiesta donde Eduardo le entregó el bastón para animarse a unos pasos de baile. Durante los años de campo, no era raro verlo alejarse en busca de puntas de flechas y amonites sobre los que podía hablar horas, u organizando la próxima partida de pesca.

Un renacentista de los que abarcaban muchas disciplinas, y todas las practicaba con solvencia. Era melómano empedernido al que las temporadas de lírica locales nunca tuvie-

ron que extrañarlo en sus plateas y que se refugiaba en su casa de La Lucila para disfrutar de una buena pieza de Duke Ellington, Coleman Hawkins o de Fletcher Henderson.

En su biblioteca abundaba la literatura sobre la Primera y la Segunda Guerra Mundial y no faltaban libros de política argentina actual, policiales negros o el ensayo sobre la desobediencia civil, de Henry Thoreau. Nunca tenía menos de cinco libros empezados y, aunque prefería la prosa, arriba de todos yacían siempre los poemas místicos de San Juan de la Cruz.

Además, leía vorazmente la prensa local y extranjera. Sabía cómo estaba la economía de los Estados Unidos y aquí, en la Argentina, en qué manos estaba cada concesión. “Estaba muy al tanto de quién explotaba cada área”, asegura Boggi. Sin ir más lejos, en los últimos tiempos, estaba pendiente de la explotación de urea en Tierra del Fuego y, como miembro de la Comisión de Publicaciones, advirtió a *Petrotecnia* que permaneciera atenta al tema.

Menos de una semana antes de su muerte, él mismo se definió ante quien esto escribe: “A lo largo de toda mi vida, yo sólo he intentado ser un ingeniero”. Un pensamiento aparentemente simple, pero el brillo de sus ojos negros avisaba que había más. Explicó que, para él, un ingeniero “no es el que aplica la ciencia y la tecnología... para convertir materias primas en productos o construcciones más útiles... o de mayor valor para beneficio de la humanidad” ni el que —se quejó— “busca el máximo beneficio, al mínimo costo, como los economistas”. Dijo esto último con ademán casi despectivo. “Hay que prestar atención a la etimología”, reveló. “*Ingeniero* comparte origen con *ingenio*: proviene de *geno*: ‘origen, engendrar, naturaleza, stirpe...’ y también ‘apetito, inteligencia e inspiración para inventar’”. Y llegó al punto de la explicación: “Ingeniero no es el que exhibe cuántos libros y fórmulas leyó, sino que aún es capaz de seguir aprendiendo toda su vida de lo diferente a él, porque ese es su mandato”.

Sólo se lamentaba de que las herramientas con que hoy cuenta la industria no hubieran existido en su época. Rocchi abrigaba la idea desarrollista de que, para prosperar, un país necesitaba de un alto grado de comunión entre la tecnología y el deseo de superación de sus habitantes. Deploró las calamidades que arrastró el siglo xx, pero tenía plena esperanza en el tercer milenio. “La Argentina saldrá, no sin esfuerzo y voluntad, de sus problemas actuales”, dijo en estas mismas páginas.

Su tono era calmado y mesurado, y era capaz del mismo



respeto para con un gerente que para con un técnico recién llegado. Aun así, nunca dejó de expresar su parecer, como a muchos habrá demostrado en algún almuerzo del Día del Petróleo.

El IAPG despide a un hombre eminentemente bueno, cálido, práctico y sin doblez. Despide también a un esposo que sentía devoción por su mujer y por sus tres hijas. Con Lía Miró, su compañera incondicional, había cumplido las Bodas de oro hacía apenas un año.

Se conocieron en 1958, en la antigua playa de Olivos: la pelota playera del joven de fino bigote tuvo la buena puntería de ir a dar con los pies de la chica más atractiva de la playa. Providencial, si se tiene que la playa estaba vacía. Lía era entrerriana y tenía otros planes para su vida; pero, como siempre, los de Rocchi iban mucho más lejos. Un año más tarde, se casaron y embarcaron al sur. Tuvieron tres hijas: Julieta, Silvana y Daniela. Rocchi siempre estuvo cerca para infundirles su profundo amor por el país y aconsejarlas sobre sus carreras. Fue menos exigente con sus siete nietos —Gregorio, Ignacio, Candela, Lucas, Margarita, Julia y Amalia—, quienes lo echarán de menos en sus juegos.

Eduardo Rocchi tuvo una vida plena, asegura su esposa, “porque era feliz con lo que tenía: amó profundamente su profesión y dejó que esta lo atrapara”. Además, estaba convencido de que “una vida exitosa no es la más llena de logros, sino llena de sentido”, agrega.

En tanto, Roberto Gazzani no se resigna. “Creí que el viejo era inmortal”, se lamentó. Sus compañeros lo extrañarán en las tertulias. “Su mayor valor fue ser bueno y honesto —asegura el geólogo Enrique Mainardi, colega y amigo durante décadas—. Un ejemplo para todos lo que hemos elegido esta industria, la más importante del país, como forma de vida”.

Ajedrez

No era raro ver a Eduardo Rocchi sentado, reflexivo, ante un tablero de ajedrez. A veces, se le animaba algún colega. Otras, un familiar. Esta práctica continuó hasta no hace mucho, cuando descubrió los torneos de ajedrez por Internet. Así fue que llegó orgullosamente a la final de un campeonato, según relata Roberto Gazzani. Y, cuando se presentó, contento ante su contrincante virtual, se enteró de que este tenía doce años y aún iba a la escuela primaria. “No importa, ningún enemigo es pequeño”, reconoció Rocchi con su proverbial buen humor.